

Decir adiós

Laura E. Asturias

El Quetzalteco (Guatemala), 23-III-2002

Algunos adioses siempre son más difíciles que otros, y quizás entre los terribles están éstos que no fueron deseados, como cuando te deja con el alma en el aire alguien que, según tus cálculos, estaría ahí “hasta que la muerte nos separe”.

También arde el adiós cuando fallece un ser querido, y ahí no importa mucho si su muerte fue natural o trágica. Lo que al ser humano le duele, al fin y al cabo, es siempre su propia pérdida, el vacío que queda al no estar más el objeto de su afecto. Tendrá que ser eso—la pérdida, no la partida de la otra persona—, porque si creemos todo lo que nos han enseñado desde la infancia, deberíamos tener una certeza casi total de que esa alma estará muy pronto descansando en La Luz.

Comencé a pensar sobre el decir adiós tras la muerte de mi padre, a finales de 1984. Yo vivía en otro país y debido a mi avanzado embarazo ya no se me permitía abordar un avión, así que no pude estar aquí para decirle adiós como habría querido. Sin embargo, desde entonces he sentido su perenne compañía. Entre muchas otras cosas, fue muy juguetón, y ahora imagino a su espíritu sentado en mi hombro derecho. Me sirve enormemente percibirlo allí, porque aunque la vida a su lado no fue un lecho de rosas, mi padre inspiró en mí mucha libertad y también a él debo parte de la percepción de mis propias capacidades (como en mi madre reconozco a la mujer más solidaria que ha habido en mi vida). Por eso, sobre todo cuando se me traban las carretas y me dan ganas de tirar la toalla, basta con evocarlo y casi puedo escucharlo, sentadito sobre mi hombro, repitiendo lo que me dijo hace tantos años, algo que quedó indeleble en mi conciencia y que a lo largo del tiempo ha ayudado a renovar mi confianza en mí misma: “Tú puedes hacer todo lo que quieras con tu vida, porque está en ti cada elemento para lograrlo”. Ya quisieran muchos guardar esos recuerdos.

Otras pérdidas no se lloran, no porque no sean sentidas profundamente, sino porque ese hecho, el de la muerte, se asume como la trascendencia a una etapa enriquecida y porque al condolernos por una muerte también podemos celebrar una vida.

Mi abuelita falleció el sábado pasado, pero no fue entonces que le dije adiós. Lo hice hace ya mucho tiempo, la primera vez que pensamos que moriría. Ella, sin embargo, tenaz como siempre fue, se aferró a la vida durante once años más. Su muerte es también motivo para celebrar su vida.

Doña María Lina fue, como tantas de su época y de ahora, una madre muy joven. A los 15 años, casada con un hombre bastante mayor, ya había tenido su primer hijo y venía la segunda. Luego nacerían tres más, de los cuales dos partieron antes que ella.

De mi abuelita sólo tengo recuerdos que atesoraré por siempre. Evocarla es verla sonreír, acercarse con suavidad para ofrecer una caricia o dar un beso, todo el tiempo activa, a menudo sonriente; aun en sus últimos años, doblada en una silla de ruedas, nos regalaba su débil versión de una carcajada ante un chiste colorado.

No soy partidaria de celebrar la abnegación, “atributo” que suele ser impuesto a las mujeres para que brinden servicios gratuitos sin esperar compensación alguna. Pero no puedo menos que reconocer todo lo que mi abuelita, como tantas otras, hizo para vivir y sobrellevar la vida que le tocó, a menudo en condiciones adversas que suelen matar la esperanza. No celebro sus sacrificios, pero sí que, pese a ellos, haya siempre mantenido la alegría y la fe. Y le agradezco todo lo bueno que le ha legado a mi vida. Otra alma juguetona, ésta para mi hombro izquierdo.